



Seix Barral

María José Navia

El cielo sobre las nubes





Seix Barral Biblioteca Breve

María José Navia

El cielo sobre las nubes

© María José Navia, 2026

Publicado por acuerdo con Casanovas & Lynch Literary Agency

© Editorial Planeta, S. A., 2026

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.seix-barral.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: octubre de 2026

ISBN: 978-84-322-5145-0

Depósito legal: B. 13.594-2026

Impresión y encuadernación: CPI Black Print

Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirigete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar, escanear, distribuir o poner a disposición algún fragmento de esta obra (www.cedro.org; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.



La película favorita del asesino de John Lennon era *El mago de Oz*. Misma historia que hizo de Salman Rushdie un escritor. La novela en que está basada, escrita por L. Frank Baum, transformó para siempre la vida de Henry Darger.

Pero no nos adelantemos.

Volvamos a mirar.

A Judy Garland y sus hermanas (Suzanne y Virginia). Aunque Judy no se llamaba Judy, sino Frances (todos le decían «Baby»), y el apellido de las tres fuera Gumm y no Garland, aunque luego las bautizaron así por parecer una guirnalda de voces y brillos.

Los nombres cambian mucho en esta historia.

Se repiten.

Como Frank.

Frank Baum, el autor de la novela de Oz.

Frank Gumm, el padre de Judy.

Frank Morgan, el actor que hizo de mago, pero también de guardia, de chofer del carruaje y de profesor Marvel en la película. Incluso otro, un poco más escondido: Frank Orsatti, la persona encargada de vender los derechos del libro y luego agente de Garland.

O, más adelante, en el futuro, cuando empezaron a llegar las críticas, casi todas bastantes tibias, fue el turno de otro Frank de traer un rayito de luz a escena: Frank S. Nugent, escribiendo desde *The New York Times*.

Las personas se repiten.

Aquí.

Más adelante.

Incluso,

al terminar.

Hay coincidencias que los unen.

Hilos, canciones. Nombres.

Como actores que cambian de un papel a otro, o una canción que pasa de boca en boca. Niñactrices, como ella, aunque ella todavía no salga al escenario (que es una página en blanco, un lienzo, una cabina de grabación), y se prepara tras bambalinas. Niñactriz sin contrato que la limite: pudiendo trabajar muchas horas, todas las horas, mientras su madre, allá abajo, en alguna sala, la espera para ir a una nueva audición. No como Judy, que solo podía trabajar cuatro horas al día (al comienzo). Por eso privilegiaban sus escenas de acción y usaban a dobles para todo lo demás.

(Dicen).

Judy siempre comiendo sopa desabrida, casi agua, porque la cámara engordaba diez kilos, y pidiéndoles a sus compañeros que le contaran (y por favor con lujo de detalles) cada una de sus comidas. Judy, que no podía esperar para crecer y así dejar para siempre los papeles de niña. La anti Peter Pan, adolorida con un corsé que le apretaba sus pechos de dieciséis años para así parecer de doce y verse también más delgada.

Para dibujarle una cintura que no tenía.

Con aparatos en los dientes y en la nariz para cambiarla.

Las personas son siempre muchas personas. Eso ya deberíamos saberlo. Por las películas o los libros. No importa. Y alguien parecido, o quizás no tanto, a ti, está siempre listo para tomar tu lugar.

Para hacer las pruebas de luz.

Todas esas imágenes de los zapatos de rubí no son de los pies de Judy, sino de una de sus dobles, para quien fue una sorpresa empezar grabando una escena del final. Eso pasa, hay que aprenderlo: las películas nunca se filman en orden. Tampoco las historias que duelen. Las piezas siempre pueden cambiar de posición. Incluso aquella famosa escena en la que Dorothy choca sus zapatos diciendo «*There's no place like home*» se filmó antes y con alguien más. Como también es otra actriz quien abre la puerta al mundo de colores (una vestida en tonos sepías) para que Judy la atravesase con Toto en brazos. Del otro lado de la pantalla, no notamos el cambio.

Los zapatos de Judy siempre están listos para irse.
A una nueva audición, a casa, a otra parte.

No brillan.

Niñactriz no le ha contado a su madre sobre Ethel, la mamá de Judy. No le ha dicho que se refería a ella como la verdadera y malvada Bruja del Oeste. Y que, en todas sus entrevistas de grande, mientras hablaba mal de ella, se le caía un aro. Y entonces Judy Garland miraba hacia arriba y gritaba: «Compórtate, mamá». No le ha dicho que en *Was*, esa novela de Geoff Ryman, de las pocas que vuelven al mundo de Oz, hay un capítulo sobre esa madre-bruja y la pésima relación con su hijactriz.

No le ha dicho porque no lo sabe.

Y no es ella quien está contando esta historia.

Niñactriz repasa trivia de Judy para prepararse para un nuevo comercial que, por fin, la saque de su Kansas. La información siempre la ayuda. La calma. Como que los zapatos no eran de rubí en la novela, sino de plata. Y que en la película los cambiaron para que resaltaran, en contraste con el camino amarillo. Y hay cuatro pares. Uno fue robado del museo de Judy Garland en Grand Rapids, mientras todos en Estados Unidos, pegados a sus pantallas, miraban la destrucción de los vientos de Katrina. Hace poco lo recuperó el FBI. A Niñactriz le gusta imaginar a los agentes muy serios, como los de las películas que ve su papá, con chaquetas azules y linternas, buscándolos por todas partes. Quien los tomó nunca había leído los libros ni visto la película. Pensó que podría ganar dinero. No lo condenaron porque ya estaba por morir. Otro lo subastó Debbie Reynolds. Uno con un diseño anterior, que los hace parecer zapatos de Aladino. Otro está en

manos de un coleccionista privado. Y está, claro —Niñactriz lo puede recitar de memoria—, vive por esa información que la arroja y la hace sentir menos sola, el exhibido en el American History Museum de Washington DC, donde se lee, bien grande, que Dorothy le dio al país la esperanza. Solo basta cambiar una letra. Y acá, como siempre, las letras y los nombres se mueven de aquí para allá. Se transforman.

There's no place like Hope.

La bruja tardó semanas en sacarse la pintura verde. Casi muere quemada en la escena en que desaparece en medio de una nube de humo rojo. La pintura tenía partículas de cobre y se inflamaron. Y en un ranking que luego hicieron de los villanos más temibles del cine, la dejaron en el cuarto lugar, detrás de Darth Vader, Norman Bates y Hannibal Lecter. *The Wicked Witch (Ding Dong! The Witch is dead. Which old Witch? The Wicked Witch!)* fue elegida la villana más temible.

Número uno absoluto e indiscutido.

También una de las personas más amables con Judy en el set.

A Niñactriz, en cambio, nadie le sonríe. Todos parecen ocupados en algo más urgente.

El primer actor que iba a hacer de Hombre de Hojalata (Buddy Ebsen) tuvo que renunciar porque el maquillaje le dio una reacción alérgica horrible; pasó seis meses hospitalizado. En medio de sus actuaciones, sintió que no podía respirar. La pintura le ocasionó un enfisema. En las entrevistas que siguió dando, por años, la voz se escucha gastada y rasposa.

Porque en esta historia las voces *cambian*.

Caen como una casa sobre el cuerpo de una bruja. Pesan.

Al siguiente Hombre de Hojalata (Jack Haley), la pintura nueva ya no se le metió en los pulmones, sino en los ojos. Debió pasar tres semanas en la clínica. Casi queda ciego. En el libro, la bruja también tiene un ojo malo y lleva un parche. En la película no lo muestran. Ni cuentan que le tiene miedo a la oscuridad y lleva un paraguas a todas partes.

Tampoco es verde.

Las películas siempre nos mienten, y *Oz* es un libro que no sabe (no lo sueña todavía) que será una película. Y que, como tal, va a eliminar la mitad de sus capítulos. Que, como película, su versión arrasará como un tornado en la mente de sus espectadores la memoria de los catorce volúmenes que L. Frank Baum dedicó tanto tiempo a escribir.

Debería estar estudiando para su prueba de Historia, pero Niñactriz sabe que en estos minutos —antes de que la miren, la filmen y las palabras le piquen en los labios— solo puede pensar en Judy y ese mundo en colores que le tocó vivir. Sabe también cómo terminaron sus días, pero por ahora a ella no le importa. Cuarenta y siete años es mucho tiempo, toda una vida, que ella tampoco está segura de querer vivir. Una vida que también terminó con otro nombre familiar. Y con una multitud visitando la capilla de la funeraria Frank Campbell en Nueva York y Andy Warhol grabando sonidos entre los curiosos.

Se dice que llegaron cerca de veinte mil personas a rendirle sus respetos.

Niñactriz se muerde los labios para que la sangre los haga enrojecer, practica una pose de inocencia que debiera salirle natural, pero no le resulta. Hace años que Niñactriz no es una niña o no se siente una. Pero sigue soñando con un lugar más allá del arcoíris.

Judy Garland tenía dieciséis cuando se grabó la película. Los estudios habían pensado en Shirley Temple para el papel de Dorothy, pero su voz no logró convencerlos. Entonces ganó la de Judy, a quien Louis B. Mayer llamó siempre su «pequeña jorobada».

The little girl with the big voice.

En Los Ángeles aún está el hotel donde se alojaron los ciento veinticuatro munchkins durante el rodaje. El Culver City Hotel. Y allí, en Culver City (LOT 1, Production N.º 1060), se cortaba la electricidad todo el tiempo por culpa de la filmación. Oz siempre puso a prueba la luz. Era parte de las exigencias del Technicolor. Con sus cámaras pesadas y ruidosas, que dejaban los sets a casi cuarenta grados y que, al pasar sus escenas por las cintas de tres colores (rojo, verde, azul), le daban a la historia un nuevo brillo inolvidable.

La palabra Oz viene de un cajón para catalogar expedientes que tenía L. Frank Baum: de la letra O a la Z.

O eso fue lo que le dijo a un periodista en 1903.

Baum siempre estaba inventando cosas.

Sus respuestas eran otra parte de su ficción.

Judy Garland fue madre de Liza Minnelli, quien dio voz a Dorothy en una versión animada de *El mago de Oz* producida por Disney tiempo después. Disney

posee los derechos de los siguientes trece libros de Baum, desde 1954. En su momento, los diarios dijeron que el espíritu de Baum debería penar a Samuel Goldwyn por haber vendido los derechos de *The Wonderful Wizard* a MGM y no a Disney (aunque Disney —Walt— leyó fascinado esos libros desde su dormitorio en Kansas, a los once años).

La madre de Niñactriz no se llama Ethel, pero ella va a llamarla para siempre así en su cabeza. Total, los nombres importan poco. Ya lo sabemos.

Un día eres Frances.

Luego eres Baby.

Y después y por siempre, Judy.

Y, aunque crezcas hasta los cuarenta y siete años (toda una vida, una vida larga, que ella no está segura de querer vivir), de pronto puedes hacer algo a los dieciséis que marque tus días para siempre.

Y entonces tampoco eres Judy.

Eres Dorothy.